V. SUÁREZ
PRECIADOS 48
MADRID

LA MIÉS DE HOGAÑO

POESÍAS

LS
A454m

NARCISO ALONSO CORTÉS

LA MIÉS DE HOGAÑO

POESÍAS

Soneto preliminar de Manuel de Sandoval.—Carta epílogo de Salvador Rueda

262819
4.1.32

VALLADOLID
Imprenta Castellana
Duque de la Victoria, 31

1911

A SANTIAGO ALBA

Narciso Alonso Cortés

SONETO

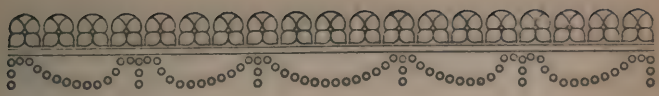
Es la musa viril del Romancero,
aún á cantar y á combatir dispuesta,
la que á tus versos castellanos presta
el noble tono y el decir severo.

Es la que de los labios del trovero
aprendió la **alborada** y la **recuesta**;
es la que tuvo en el **cantar de gesta**
clamor de bronce y vibración de acero.

La que el afeite femenil rechaza,
y ni con falsas joyas se atavía,
ni con traje extranjero se disfraza,

porque quiere probar que hay todavía
quien infunda en su pueblo y en su raza
el aliento inmortal de la poesía.

Manuel de Sandoval.



TERRA MATER

Por estas llanuras feraces cruzaron los celtas
de músculos recios, de acciones gallardas y rudas,
montando caballos briosos de formas esbeltas,
blandiendo pesados lanzones y espadas desnudas.

Cercano á esa mísera villa de aspecto vetusto
en donde la mano potente de Roma dejara su rastro,
con bélica pompa las fuertes legiones de Augusto,
sedientas de sangre española, sentaron el castro.

Sobre esa colina que un pueblo de humildes habita
é, inmóvil, de luchas y azares recuerda un período,
haciendo la vida callada de triste eremita
pasara sus últimos años un rey visigodo.

En esta risueña campiña, mirando á ese río
de linfas tranquilas y puras, de orillas agrestes,
del fiero califa agareno tembló el poderío
al ver su pendón humillado, vencidas sus huestes.

En ese castillo ruinoso de rotas almenas,
testigo de cuadros sangrientos que el ánimo oprimen,
un rey implacable, con sangre de tigre en sus venas,
rompía los ocios de caza fraguando algún crimen.

Aquí perecieron los bravos que, en noble porfía,
por sus libertades alzaron glorioso estandarte;
aquí, cuando el mundo postrado á sus plantas gemía,
lidió con soldados bisoños el gran Bonaparte.

¡Oh tierra que piso, vivero de fuertes varones
que sufres la huella del bueno y al malo rechazas!
¡Tu suelo sagrado, tus pardos y secos terrones,
contienen semilla de pueblos, fermento de razas!

VENCIDO

Ya te entrego mis armas y mi cota,
ya las espuelas y el arnés me arranco.
Me venciste por fin. Sincero y franco,
confieso noblemente la derrota.

Como el Amor mis ánimos embota,
fuí en la táctica ciego, en la lid manco.
Tú, en cambio, diste impávida en el blanco,
y de mi corazón la sangre brota.

Al rendirte mis armas, sólo quiero
que no trates al pobre prisionero
con violencia ni rigor tirano.

Mira que llego á tí débil y herido,
y con ardientes lágrimas te pido
que me cures piadosa con tu mano.

SOÑADOR QUE CAMINAS...

Los reflejos he visto de la llama de Horeb;
he mirado la nube que guiaba á Moisés.
Persiguiendo al de Atila galopó mi corcel
y mi nombre en los muros de Kalak estampé.
Me adormí bajo el árbol de la Vida y del Bien;
á los lobos de Odino ví mis plantas lamer.
¡Ah, quien se echa en los brazos del ensueño ó la fé!
Avanzando los años en confuso tropel,
en la cima cayeron que se abría á sus pies;
y pasaron los siglos con igual rapidez
que en las almas desiertas se disipa el placer.
Los cimientos echando de cien pueblos y cien,
se formaron las razas en variado troquel...
Soñador que caminas de la tierra á través,
la quimera por guía, la belleza por ley:
cierra, cierra los ojos, y mirando á tu sér,
hombres y hechos contempla reflejados en él.
Sentirás el estruendo que produce al caer
el palacio invisible de la vida que fué;
romperás con tus brazos el robusto dosel

que de imperios gloriosos cobijó la altivez;
los secretos aromas beberás del Alsé,
de los mares de Oriente sentirás el vaivén;
y verás que cien Hebes te rodean después
escanciando el Falerno en tu copa de rey.

...Y PIDIÓ TROVAS

—A tus plantas humillo, mi señora,
la heróica espada que venciera en Flandes.
Las proezas y hazañas que demandes
ha de afrontar, pujante y triunfadora.
No rendida en la lucha, quiere ahora
lograr en honra tuya empresas grandes.
Habla, y al punto hará lo que tú mandes.
Es tu leal y ciega servidora.
Con ella, no habrá nadie que me estorbe.
Pasearé con ella todo el orbe
y de ricas comarcas me haré dueño;
venceré á campeones y adalides
y aún exterminaré, si tú lo pides,
los temibles dragones del ensueño.

—Guarda, guarda, señor, yo te lo mando,
la recia espada de cortante filo.
No quiero que mi amor, dulce y tranquilo,
se escriba en sangre con acero infando.

No quiero verte errante y peleando
por luengas tierras, sin mi amante asilo,
ni en busca de aventuras, al estilo
de Amadís, de Oliveros ó de Orlando.
Dime versos, señor. Por mi alegría,
la puerta de tu ardiente fantasía
deja libre á las rimas amorosas;
y, con las vaguedades del deseo,
oiga yo en mis oídos su aleteo,
como grupo de blancas mariposas.

—Justo es, señora, que tu gusto acate.
La espada romperé, pues lo deseas.
Ya no he de entrar en lances y peleas
con mi ferviente amor por acicate.
No afrontaré los riesgos del combate
en alas de fantásticas ideas.
Tendrás trovas—riquísimas preseas,—
tendrás rimas—joyeles de magnate.—
Llegaré, por las sendas del arcano,
al reino de las Hadas, y mi mano
el árbol cortará de la Leyenda;
de la hermosura beberé en la fuente,
y en seguida, felíz y sonriente,
versos divinos te daré en ofrenda.

—Gracias, gracias, señor; así te quiero,
rendido y amador, noble y sencillo,
no con la fiera espada del caudillo
ni la dura coraza del guerrero.

A mis piés, amoroso prisionero,
entona tu poético estribillo,
mientras en las ventanas del castillo
el genio de los aires ruge fiero.
Escuche yo tus versos en voz feble,
que con letra brillante é indeleble
en mi memoria quedarán impresos;
y por rendirte gratitud inmensa,
sobre tu frente, en digna recompensa,
una guirnalda ceñiré de besos.

AGONÍA

A los últimos fulgores
del yerto sol que declina,
dan el adiós las cigarras;
la sombra clava sus garras
en el valle y la colina,
en las plantas y en las flores.

Con el último celaje,
sobre la cumbre de un cerro
cae el moribundo día;
y al presenciar la agonía,
cae sobre mí, como hierro,
la pesadez del paisaje.

AGONÍA

A los últimos fulgores
del yerto sol que declina,
dan el adiós las cigarras;
la sombra clava sus garras
en el valle y la colina,
en las plantas y en las flores.

Con el último celaje,
sobre la cumbre de un cerro
cae el moribundo día;
y al presenciar la agonía,
cae sobre mí, como hierro,
la pesadez del paisaje.

LOS PRIMEROS PADRES

¡Oh mi señor ilustre Gonzalo de Berceo,
cuyas piadosas coplas devotamente leo!
¡Señor que, separado de todo devaneo,
la vida de tus santos presentas en trofeo!

Varón austero y grave que, en su mansión recluso,
el *roman paladino* logró poner en uso.
Poeta-sacerdote que con fervor compuso
la vida milagrosa de San Millán de Suso.

Cantor del monje santo que á Silos dió memoria,
que de la Madre Santa loando vas la gloria,
que cuentas en tus versos la edificante historia
del mártir San Lorenzo ó de la Virgen Oria.

Tú, narrador creyente, que al cielo se encomienda;
tú, que á la poesía marcando vas la senda;
gran padre de los versos, señor de la leyenda,
recibe de mi mano respetuosa ofrenda.

—

Héme á tus piés, bravo Juan Ruíz,
que goces vida muy felíz.

El arcipreste picaresco,
de cuerpo fuerte y rostro fresco,
mirar alegre y villanesco,
boca sensual, luenga naríz.
El que pasó noches y días
en agradables correrías,
el que sus muchas picardías
pintó con lúbrico matíz.
El que contó graciosos cuentos,
el que de amor sufrió tormentos
y siempre halló en Trotaconventos
fácil tercera de un deslíz.
El que tocaba la vihuela,
el que rondaba sin cautela,
el que de amores puso escuela.
Héme á tus pies, bravo Juan Ruíz.

—

El rey de la sierra
todos dicen que es
el noble Marqués.

Hallé una serrana
que dijo: «Me muero
por el caballero
que honró á Santillana.
Es fresca y lozana
la musa montés
del noble Marqués.

Por el mes de Mayo,
al nacer el día,
en la serranía
le hallé del Moncayo.
Miróme al soslayo,
con vivo interés,
el noble Marqués.

Al verle sencillo,
dejéle que hablase
con rústica frase
que olía á tomillo.
Su grato estribillo
cantóme después
el noble Marqués.»

Yo dije:—Serrana,
es cierto, á fé mía.
En la serranía
ninguno le gana.
Si tú estás ufana,
yo beso los piés
del noble marqués.

LOPE DE RUEDA

Por aislado camino, á la ventura,
va de faranduleros la cuadrilla.
Un antiguo batihoja de Sevilla
al frente de los cómicos figura.

Él escribe con rara donosura;
él sabe recitar á maravilla.
Su ropa de teatro es bien sencilla:
toda cabe en un saco con holgura.

Mas en el pobre ajuar que lleva á mano,
entre el tosco aparato de tramoya
que le ayuda en su histriónica faena,

oculta el comediante sevillano
la robusta armazón donde se apoya
todo el cimiento de la patria escena.

DEL HUERTO CLÁSICO

(TRADUCCIONES)

Anacreonte

A sí mismo

Ἔγω γέρων μὲν εἰμι...

Soy, en verdad, anciano;
más que los mozos bebo.
Si danzar es preciso,
tengo un jarro por cetro,
pues el tirso de Baco
no cumple á mis deseos.
Quien pelear quisiere,
puede en buenhora hacerlo.
¡Oh, niño, trae la copa
llena de vino añejo!
Soy, en verdad, anciano,
mas de todos en medio,
danzaré alegremente
imitando á Sileno.

Tibulo

Sulpicia á Cerinto

Estne tibi, Cerinthe, tuae pia cura puellae...

¿No sientes tú, Cerinto, la fiebre abrasadora
con que mi débil cuerpo domina Amor ahora?
¡Ah! Si tus sufrimientos y angustias son iguales,
no quiero verme libre del mal que me devora.
¿Qué ganaré venciendo la pena inquietadora
si en el sensible pecho tú llevas nuestros males?

Petrarca

Soneto

Passa la nave mía colma d'obblio...

Un mar surca mi nave sin bonanzas,
llena, en noche fatídica, de olvido,
y entre Scila y Caribdis, he sufrido
de contrario piloto las mudanzas.
Al bogar, surgen odios y asechanzas
que apaga la borrasca entre su ruido.
Rompe la vela un viento humedecido
de suspiros, deseos y esperanzas.
Lluvia de llanto, niebla de desdenes,
los ya inseguros mástiles rocía
que juntan la ignorancia al desacierto;
y hundidos en las olas mis dos bienes,
el arte y la razón, no tengo guía.
Ya desespero de llegar al puerto.

Carlos de Orleans

Rondel (1)

La temps a laissé son manteau...

El tiempo su manto ha dejado
de viento, de lluvia y de frío.
Ya viste su bello atavío
de un sol esplendente bordado.
La fiera rugió con agrado
y el ave redobla su pío.
El tiempo su manto ha dejado
de viento, de lluvia y de frío.
Sus gotas de plata, en el prado
deslizan, con rítmico brío,
la fuente, el arroyo y el río.
Ya todo se muestra adornado.
El tiempo su manto ha dejado
de viento, de lluvia y de frío.

Shelley

El Tiempo

Unfathomable Sea! whose waves are years...

¡Mar sin fondo, cuyas olas son los años fugitivos!
¡Mar del Tiempo, cuyas aguas, de dolor y de tormento,

(1) Por motivos especiales me interesa hacer constar que esta traducción se publicó en *Ateneo* de Febrero 1910.

se amargaron con el llanto que derraman los cautivos!
¡Hondo piélago sin costas que en tu raudo movimiento
con la muerte has de tocar!
¡Y aún ahito de rapiña, pides más con saña fiera,
y vomitas tus despojos en la inhóspite ribera!
Traicionero en la bonanza y en la tempestad terrible
¿quién de tí podrá escapar,
insondable y ancho mar?

FLOR MUERTA

¡Oh, flor de mi niñez! Flor de alegría
que destruyó furioso torbellino:
tú abriste en el jardín de mi destino
tus hojas, que irradiaban poesía.

En tu tallo te alzabas algún día
como envuelta por hálito divino,
y á la impresión de un beso matutino
tu lozana corola sonreía.

Apagó tus colores la fortuna
y tus hojas cayeron una á una
lo mismo que mi dicha se desploma.

Tu hermosura hace tiempo ví marchita,
y aún en horas felices, flor bendita,
á mí llega suavísimo tu aroma.

¡OH, DULCES PRENDAS!...

Descolgó el soldado la roñosa espada,
muda guardadora de su amor postrero,
y evocando glorias de la edad pasada,
triste y pensativo contempló el acero.

¡Bélica tizona que al cruzar triunfante
por remotos pueblos de variado idioma,
se empañó con nieblas de Lovaina y Gante
y brilló esplendente bajo el sol de Roma!

¡Hoja siempre firme que al lidiar bizarra,
por doquier buscando colosal empresa,
encontró á su paso corva cimitarra
ó chocó en la dura cota milanesa!

Era en los lejanos días de contento,
cuando de los Tercios bajo el estandarte,
el gentil soldado, libre como el viento,
si dejaba á Venus se acogía á Marte.

Vierais al mancebo cautivar mujeres
tanto en la Borgoña como en la Provenza;
vierais á las damas de Brunswick y Amberes
darle el homenaje de su rubia trenza.

Y al pisar su patria lleno de alegrías,
vierais sus alardes de sin par gracejo.
¡Se escribiera un libro con las picardías
que tramó en la Sierpe ó en el Azoguejo!

¿Quién los bríos tuvo de su pecho noble?
¿Quién en sus campañas puso fe más honda?
¿Quién con tanto garbo sacudió un mandoble
ni con más presteza despejó una ronda?

Y era la tizona—¡fiel y amante esclava!—
la que en los peligros siempre dió el alerta,
la que en lo más recio de la lid vibraba,
la que audaz ponía fin á la reyerta.

Muy solemne el paso, de marcial aplomo,
retador el gesto de su ceño adusto,
la curtida mano puesta sobre el pomo,
fiera la mirada y arrogante el busto...

¡Ay de quien hiciera frente á sus ataques!
¡Ay de quien pretexto diese á una rencilla!
Parias le rendían pícaros y jaques.
¡Le temiera el propio Vázquez de Escamilla!

Cuando en el combate recorría fiero,
descargando tajos, la candente arena,
parecía al noble paladín Rugiero
frente á su aguerrida hueste sarracena.

¿Y el cazar piratas que en cobarde huida
la extensión surcaban de argelinos mares?
¿Y el entrar á saco la ciudad vencida,
destruyendo muros, despojando altares?

¡Sueño venturoso de brillantes luces
que pasó evocando jácaras y fiestas!
¡Sueño en que desfilan sables y arcabuces,
picas y mosquetes, lanzas y ballestas!

Ya de aquellas glorias se apagó el reflejo;
de tan gratos días ya no queda nada.
El gentil soldado yace pobre y viejo,
yace enmohecida la famosa espada.

Y ante la reliquia donde se halla impreso
su pasado insigne de audacias y arrojos,
mientras en la hoja deposita un beso,
lágrimas furtivas saltan á sus ojos.

MUSA CASTELLANA

Yo soy la musa de Castilla,
musa de afanes y de amor,
la que acompaña en su cuadrilla
al fatigado segador.

Entre el trajín de los aperos
resuena alegre mi cantar,
cuando al compás de los panderos
bailan las mozas del lugar.

Nunca en mi cuerpo llevo adornos
con llamativa profusión.
Tan sólo encubro mis contornos
con una saya y un jubón.

Mi canto, fácil y sencillo,
es, aunque rústico, gentil,
como el que, á vueltas con el trillo,
canta en las eras el motril.

No de la ardiente Andalucía
tiene las galas y el color;
la reposada canción mía
toda es modestia y es amor.

Como la ruda esteva empuño
y es el trabajo mi pasión,
de la reciura del terruño
mis varoniles rimas son.

Yo cruzo rauda la campiña
viendo al labriego trabajar,
y sobre el linde de una viña
entono alegre mi cantar.

Por buscar galas no me afano;
yo soy humilde y canto así,
en el castizo castellano
que de mis padres aprendí.

No ostento flores del Oriente
ni de preseas un caudal.
Con amapolas solamente
cubro mi seno virginal.

Yo soy la musa de Castilla,
musa de afanes y de amor,
la que acompaña en su cuadrilla
al fatigado segador.

UN FRISO

Sea de Praxiteles, de Fidias ó de Scopas,
un friso se desliza, prodigio del cincel.
Avanzan á lo largo las aguerridas tropas
llevando en son de triunfo coronas de laurel.

Á un lado, Juno amante, con desceñidas ropas,
al poderoso Jove sus gracias rinde fiel;
intrépidos lapitas, llenando las metopas,
sobre indomados brutos cabalgan en tropel.

Alzando sobre todos sus formas varoniles,
airado é imponente se ve al divino Aquiles
que oprime al jefe teucro con fuerzas de león;

con arrogancia yergue su busto soberano,
y descargando un golpe de la invencible mano,
hunde en el cuello de Héctor su férreo lanzón.

ECOS LEJANOS

Al son de un caramillo,
con voz melosa y ténue,
así cantaba un día
la musa de Meléndez.

Detén, Dorila, el paso
junto á la clara fuente,
y en el tapíz reposa
que te depara el césped.
¿No ves cómo las aguas
su lenta marcha emprenden,
saltando por las guijas
con un murmullo alegre?
¿No ves cómo las aves
emparejadas vienen,
sus cantadores picos
mojando en la corriente?
De céfiros y amores
se escucha ruido leve,
que tiernos juguetean
con rosas y claveles;
sedientos de tus gracias,

volando van á verte,
y agitan tus cabellos
ó el corazón te hieren.
Descansa descuidada
sobre la alfombra verde,
felíz con tu belleza,
contenta de tu suerte.
¿Qué pueden importarte
del mundo los placeres,
si en tus risueños campos
la dicha vive siempre?
De valles y praderas
disfrutas los deleites,
sin miedos que te alarmen
ni penas que te inquieten.
Con otras zagalejas
que afables te obedecen,
te entregas al encanto
de juegos inocentes;
de lindas florecillas
una guirnalda tejes,
y en ademán gracioso
la ciñes á tus sienes.
Cuando, ligera, subes
hasta el collado agreste,
tomillo y mejorana
su amable olor te ofrecen;
y cuando, distraída,
recorres los vergeles,
las aves por mirarte
su cántico suspenden.

Segura, pues, Dorila,
de azares y reveses,
junto á las limpias aguas
reposa un rato breve;
y en tanto tus corderas
sobre la hierba duermen,
celebra entusiasmada
las glorias de Citeres.

Al son de un caramillo,
con voz melosa y tenue,
así cantaba un día
la musa de Meléndez.

SOL DE LA TARDE

En las soledades de su pecho
vibra el aleteo del amor,
ruido de pasiones en acecho,
golpe de latido abrasador.

Flotan de la tarde en el aroma
notas y misterios en tropel.
Un sol moribundo se desploma
bajo el resplandor de su dosel.

Virgen solitaria y abatida,
busca en vano treguas á su mal,
mientras de ilusiones y de vida
corre por sus venas un raudal.

Cuelga levemente de la bruma,
con los desgarrones de un girón,
blanca nubecilla, que se esfuma
como se disipa la ilusión.

¡Alma que se agita en la batalla
de vaivenes rudos á merced!
¡Nadie la socorre, nadie acalla
los ardores santos de su sed!

Báñase de luz el horizonte
con los resplandores que se van.
En sus altas cimas arde el monte
con la llamarada de un volcán.

¿No hay ninguna mano que al sediento
lleve un poco de agua en su dolor?
¿No hay una palabra ni un acento
que á su oido canten el amor?

Ya el inerte sol dobló su frente
coronada de oro y de carmín;
ya se apaga el fuego lentamente
que arde de la tierra en el confín.

Triste corazón, en lucha sorda
quiere sus cadenas quebrantar,
mar que en las riberas se desborda,
fuego que, escondido, va á estallar.

Ya los tenues rayos y el sol mismo
bajan de los montes á través,
cual un dios que se hunde en el abismo
que las tierras abren á sus piés.

Mientras levemente su perfume
vierte en el crepúsculo la flor,
una joven alma se consume
en la triste hoguera del amor.

POR LA MAÑANICA...

¿Dónde vas á dar agua,
mozo de mulas?
Desde la cama siento
las herraduras.

¿Dónde vas á dar agua,
mozo de bueyes?
Desde la cama siento
los cascabeles.

Por la mañanica,
cuando el sol despunta,
cuando los jilgueros
cantando se arrullan,
oigo por mi calle
que pasan tus mulas,
dando en los guijarros
con sus herraduras.
Viene desde lejos
la gallarda yunta,
y antes que se acerque
ya mi afán la escucha;
pues su alegre paso
que mi sueño turba,

rompe de la aldea
la quietud profunda.
Y todos los días
me asalta esta duda:
¿Dónde vas á dar agua,
mozo de mulas?

Otras mañanicas,
cuando el día viene,
cuando los jilgueros
su canción aprenden,
como una alborada,
sonoro y alegre,
oigo el tintineo
de unos cascabeles.
Con su parsimonia
los pesados bueyes,
por la calle arriba
marchan lentamente.
Bajo mi ventana,
tercos y rebeldes,
acortan un poco
su marcha solemne.
—¡Más vivo, *Chaparro!*
gritas unas veces;
otras espoleas:
—¡De prisa, *Valiente!*
Y aunque bien escucho
que los mandas fuerte,
no sé por qué creo
que tú los detienes.

Por eso al oirte
me pregunto siempre:
¿Dónde vas á dar agua,
mozo de bueyes?

De cruzar mi calle
no te olvidas nunca.
¿Dónde á beber agua
llevas á tus mulas?
Aunque violenta
descienda la lluvia,
aunque el duro cierzo
las ramas sacuda,
valiente y resuelto,
sin pena ninguna,
por ir á dar agua
tú siempre madrugas.
Muchas mañanicas,
por placer sin duda,
vas cantando coplas
llenas de dulzura;
y hasta mis oidos
llega la voz tuya,
como el eco alegre
de agradable música.
Y todos los días
me hago esta pregunta:
¿Dónde vas á dar agua,
mozo de mulas?

¡Todas las mañanas
pasan esos bueyes!
¿Dónde vas con ellos
por mi calle siempre?
Anteayer mi madre
me habló de esta suerte:
—¿Quién es ese mozo
que en cuanto amanece
con su ganadico
despierta á la gente?
Aunque no lo digas
debes conocerle;
para tales viajes
sus motivos tiene.
Y yo dije:—¡Ay, madre,
no sé qué conteste!
Ni me ha hablado nunca,
ni sé lo que quiere.
Por eso al oirte
pregunto mil veces:
¿Dónde vas á dar agua,
mozo de bueyes?

DÍA GRIS

Tristeza de cielo plomizo,
dosel de cendales parduscos;
horadas mi ser lentamente
con golpe callado y oculto.
No veo las salas risueñas
del gran edificio del mundo,
cubiertas por bóveda rica,
magnífico palio de triunfo,
por lámpara inmensa adornadas
que cuelga de dedos augustos,
henchidas de amor y de fuerza,
vibrando de Dios al impulso;
en donde se traban combates
de luz, de color, de dibujos,
con rayos de sol por espada,
con haces de luz por escudo.
No veo el grandioso techado
teñido de azul limpio y puro,
que adornan preseas de fuego
dispuestas en áureos grupos,

cerrando una atmósfera tersa
bañada de brillo difuso,
que puebla una grey clamorosa
de vida, de paz, de susurros.
Un toldo me cubre grisáceo,
consorcio de niebla y de humo,
vestido de velos y gasas,
de luz y alegría desnudo.
La hermosa mansión de la vida
parece que así no disfruto;
que vivo en el lóbrego fondo
de un antro penoso y obscuro.
Sin duda su imperio ha sentado
el Rey del Silencio Nocturno,
que oculta su pálido rostro,
que viste ropajes de luto,
y cuando, rendido de pena,
comienza á llorar su infortunio,
derraman raudales de llanto
sus ojos inmobles y turbios.
Tal vez la mirada divina
se asoma á través de un rasguño;
tal vez un instante aparecen
los rayos de un sol moribundo...
¡Oh genio que riges el día!
Levanta, soberbio, tu busto,
y rasgue la bruma en girones
tu espada de filos agudos.

EL SONETO CLÁSICO

Soy el soneto clásico y sonoro
de recios miembros y arrogante brío;
el que gozó el amor á su albedrío
y sus versos cantaba en lira de oro.

Con mengua de mi fama y mi decoro,
hay quien toma—¡villano!—el nombre mío.
¡No es soneto quien viste otro atavío,
aunque lo afirme así gárrulo coro!

Yo mis timbres clarísimos sostengo;
es noble y linajudo mi abolengo
y está su ejecutoria en el Parnaso;

de gloria mis hazañas se ven llenas,
y es la sangre que corre por mis venas
la sangre de Petrarca y Garcilaso.

EL REY INVIERNO

El monarca destronado,
sin abrigo y sin hogar,
por las sierras y los valles
á sus reinos vuelve ya.
Por parajes alejados
caminó con paso audaz,
y allí vió cómo las hojas se secaban
y las aves suspendían su cantar.
Es rugoso su semblante,
de ceniza sus cabellos y su barba patriarcal;
en sus venas ya no hay sangre
ni expresión en su ademán.
Sus piés, blancos y huesosos,
crujen, recios, al andar,
y las plantas y las hierbas
dejan muertas en el suelo más feraz.
Si, con ojos tristes, fija
su mirada secular,
la campiña se rodea
de medrosa claridad.

Y el reptil se esconde, raudo, en su agujero,
y se apaga de la selva el suspirar,
y las nubes, impregnadas de amargura,
van tendiendo en el espacio su cendal.
Es un rey, mas solo y triste;
rey que vive sin vasallos por su mucha crueldad,
á quien todos, temerosos,
abandonan á su mal,
y que al verse restaurado,
toma el cetro con afán,
y, sañudo, se dispone
los agravios á vengar.
Si sacude su melena,
caen sus tenues rizos blancos como lluvia virginal;
si respira, violento
se desata el huracán;
si su mano descarnada
lleva á un árbol nada más,
ya la savia por el tronco
no se atreve á circular.
En los ríos y en las fuentes
pone su hálito glacial,
y detienen su carrera
y su manso murmurar,
y las aguas, en su lecho aprisionadas,
se transforman en cristal.
Y los árboles, que sufren
de invisibles enemigos la embestida pertinaz,
como lágrimas, sus hojas
van soltando sin cesar;
y las aves, ateridas,

por los tristes campos van,
y en guirnaldas musicales caen las notas de su pecho
como canto funeral.
¡Rey cruel, que tus rigores
nunca quieres mitigar!
¡La blancura de tu manto
es blancura de tristeza y soledad!

OFRENDA

(Á LA NOBLE Y SECULAR PALENCIA.—EN SU ATENEO-1909)

Perdonad al poeta castellano
que os presente unos versos en ofrenda.
Yo soy el soñador que avanza ufano
con rumores de historia y de leyenda.

Yo cruzo las llanuras de Castilla
como un guerrero de la edad pasada,
firme el brazo, las armas sin mancilla,
el rostro erguido y la visera alzada.

Yo vivo en las edades todavía
de caudillos y amantes trovadores,
y rondo la tallada celosía
y canto en el laud trovas de amores.

Los campos atravieso con cariño
en un overo trotador ginete,
y en las batallas el arnés me ciño
y resguardo mi faz bajo el almete.

Converso afable, en señorial recinto,
con el bravo doncel que un arma empuña,
y veo en aquel templo á Recesvinto
y en esta fortaleza al noble Acuña.

Y como á mi soñar no pongo dique,
al cruzar la llanura castellana
oigo cantar sus versos á Manrique
y al donoso Marqués de Santillana.

Entre los versos y la historia vivo,
y cuando me domina algún quebranto,
á mis penas encuentro lenitivo
en los *Proverbios* del rabí don Santo.

En vetustos centones y papeles
sus secretos la historia me confía,
y arranco en los esbeltos botareles
un pedazo de ingenua poesía.

Rebosando la mente de ilusiones,
en mis empresas llevo por abrigo
las mesnadas de Téllez y Girones
y la fiera Tizona de Rodrigo.

Llego á estos muros hoy, firme baluarte
que siempre me acogió con su nobleza,
y formando en el séquito del Arte
inclino con respeto mi cabeza.

Y mirando en silencio al viejo albergue,
veo, tras de su plácido reposo,
el genio de los siglos, que se yergue
como un titán de brío portentoso.

Ya en el viejo solar, por mi ventura,
rendido me descubro en su presencia,
y depongo mi espada y mi armadura
ante el noble blasón de «Armas y ciencia.»

Y como ya no es nuevo mi saludo
y á la egregia ciudad no soy extraño,
quiero evocar los timbres de su escudo
y las gloriosas páginas de antaño.

Esta es mi ofrenda, pues: pobre presente
que dejo con placer en mi camino,
como un *desyr* que os diera humildemente
el bohemio juglar Villasandino.

Mi amor en vuestras manos la abandona.
Perdonad si es humilde y es sencilla,
y que vaya, cual mística corona,
al pié de nuestra madre, de Castilla.

EL MONSTRUO PRESO

Para humillar la indómita bravura
del proceloso mar que ruge fiero,
el malecón le tiene prisionero
entre los muros de su cárcel dura.

Quiere romper el monstruo la clausura
rescatando sus leyes y su fuero,
é irguiéndose, brioso y altanero,
embiste al malecón desde la altura.

Con formidable estruendo de ciclones,
ronco bramido lanzan sus pulmones
de rabia inmensa y de dolor profundo;

y al ver los recios muros sin destrozo,
no pudiendo romper el calabozo
escupe sus espumas iracundo.

MORS IN VITA

Calla la aldea. Reposa
bajo el velo de los siglos.
La aldea es un cementerio;
un cementerio de espíritus.
Casas, chozas, una torre...
¿No hay nadie en este recinto?
¿Nadie que viva la vida
que viven los escogidos?
Por aquí pasó el silencio
y trazó sus negros signos.
Todo calla; todo se hunde
en las fauces del hastío.
Ni un murmullo de misterio,
ni una nota, ni un suspiro...
Es el no-ser que se yergue
como rey de estos dominios.
¡Rayos de sol quemadores!
¡Rayos de sol del estío!
¡Rayos que de hombres y cosas
registráis en lo más íntimo!

Cuando lleguéis á la aldea
como á sepulcral abismo,
agotaréis la energía
en la negra tierra hundidos.
No arrancará vuestro fuego
ni una vibración ni un ritmo;
hallaréis almas que, inmóviles,
yacen en sus cuerpos-nichos.
Pobres almas, que cayeron
sin dolor y sin suplicio,
muertas de inercia,
muertas de frío.

Yo sufrí la pesadumbre
de ese silencio que asusta.
Yo prorrumpí en gritos mudos
creyendo verme en la tumba.
Me asomé á calladas puertas,
pisé mansiones obscuras,
ví que cruzaban las calles
sombras y sombras confusas...
¿De qué sirven esos ruidos
con que la muerte se anuncia
en el son de una campana
ó en el gruir de una grulla?
Han oprimido mis sienes
manos que no he visto nunca;
garfios como el hielo fríos
me han hecho desgarraduras.
Bajo el ruido de mis pasos
creí espantar una turba

de ideas adormecidas
al peso de las centurias.
Y eran fúnebres las chozas
envueltas en la penumbra,
y la espadaña se erguía
como cruz de sepultura,
y los árboles temblando
daban crugidos de angustia,
y hasta las aves gemían
con sus notas moribundas.
Siempre el dolor, la tristeza
siempre oculta,
entre las hendidas piedras
y entre la arena desnuda.

No resucitan los muertos.
Sepultados para siempre,
son, con aspecto de vida,
muertos que hablan y se mueven.
De su triste cementerio
entre las cuatro paredes,
cavan y cavan la tierra
que ha de acogerlos inertes.
Si alguna vez, deslumbrante,
su yerta pupila hiere
algún rayo de la vida
grande, ideal y solemne,
ofuscados por su lumbre
los medrosos ojos vuelven,
y en la lobreguez sombría
los sepultan nuevamente.

El admirable escenario
que ante su vista se ofrece,
y en cuyo fondo el misterio
palpita, callado y tenue,
nada inmaterial les dice
que á otro mundo los eleve,
con sus feraces llanuras
y sus montañas agrestes.
Y es que hundida en las tinieblas
su mansión—¡oh tristes séres!—
llevan la vida en el cuerpo
y en el ánimo la muerte.

ALBORADA

La presumida mañana
ciñe, de su real tesoro,
un collar de rayos de oro
y una diadema de grana.

Entre la brisa temprana
vierten las aves su coro,
mezclado con el sonoro
repicar de una campana.

Y al ver que la Primavera
va engalanando sus días
con joyeles y brinquiños,

¡se desborda mi alma entera
en un raudal de alegrías
y un torrente de cariños!

SOBRE LA ARENA

Soy el campeón maltrecho.
Ya no hay bríos en mi diestra
ni entusiasmos en mi pecho.
Con el duelo más profundo,
me desplomo en la palestra
desangrado y moribundo.

Sin arreos y sin lanza,
de sufrir más embestidas
he perdido la esperanza;
y al llorar mi estéril daño,
contemplando mis heridas
tristemente las restaño.

¿Quién verá al gentil caudillo
que, ni tardo ni cobarde,
saltó un día del rastrillo?
¿Quién dirá, viéndole ahora,
que otro tiempo hiciera alarde
de arrogancia triunfadora?

Al combate de la vida
vine solo é indefenso,
firme el pié, la frente erguida;
y sin miedo á los rivales,
perseguí, con gozo inmenso,
mis sublimes ideales.

No del bélico guerrero
me cubría el arnés rudo
ni esgrimía el fuerte acero;
lealmente salí á la plaza
sin brazal y sin escudo,
sin almete y sin coraza.

Como entraba en la refriega
confiado é inexperto
y animado de fe ciega,
aun sin gesto de valiente,
con el rostro descubierto
miré al mundo frente á frente.

Y llegué á la lid inquieta,
muy seguro de mí mismo,
con las armas del poeta:
mi fogosa fantasía,
mi nobleza y mi heroismo,
mi virtud y mi hidalguía.

¿Quién—pensé—con tal bagaje
causará en mi pecho noble
ni una herida ni un ultraje?

¿Han de urdirme una emboscada,
ni á traición con un mandoble
hendirán mi frente honrada?

Mas ¡oh triste! cuando al verme
observó la vil ralea
que iba solo é iba inerme,
fué á mi encuentro—¡ved qué hazaña!—
y en aprestos de pelea
me agredió con ruda saña.

Fuí vencido en breve plazo.
Mas ¿qué mucho, si en la lidia
fié sólo de mi brazo?
¿De qué modo resistirme,
si á las armas de la insidia
sólo opuse un pecho firme?

La injusticia es lo que siento,
que mi cuerpo caerá inerte
sin que me oigan ni un lamento.
Si mi esfuerzo ya se agota,
nada importa. ¡De esa suerte
causa orgullo la derrota!.

TODO

Todo lo tengo en tí. Tú recopilas
las gracias que me acuden bienhechoras.
Tú mi vida compendias, y mis horas
haces pasar felices y tranquilas.

Mi alimento eres tú, porque destilas
las mieles de tu amor halagadoras;
mi caudal, por los dones que atesoras;
mi libro, porque leo en tus pupilas.

Eres tú mi salud, pues sin tí expiro;
mi esperanza, pues todo en tí lo espero;
mi fe, porque adorándote me postro;

porque la luz me prestas, mi lucero,
y mi horizonte, en fin, porque no miro
más allá de tu cuerpo y de tu rostro.

¡SALVE!

¡Oh, Madre Poesía,
consuelo de los tristes!
Vuelve á mí tu mirada protectora
que las semillas del dolor extingue.
Yo veo de tu rostro
la gracia indefinible;
contemplo tus contornos
esbeltos y gentiles,
y siento que se baña mi espíritu de dicha,
y las delicias gozo de un bienestar sublime,
y nuevos horizontes ante mi vista se abren
y veo que, gloriosos, los cielos me sonríen.
Cuando hacia mí tus pasos
callados se dirigen,
cuando, radiante, huellas
mi soledad humilde,
haces que de mi ser todas las fibras
electrizadas vibren,

y creo que hay placeres y dulzuras
y un rincón venturoso donde el amor reside.
¡Ah! ¡Cuántas, cuántas veces,
vencido de un pesar inextinguible,
te llamo en mi socorro
con los vagos acentos del que gime!
Tú vienes silenciosa
como púdica virgen,
te acercas á mi lado,
graciosa me sonríes,
y sobre mí tendiendo
tus alas invisibles,
el bálsamo preparas
que mi dolor mitigue.
Me acoges tiernamente en tu regazo,
de tu voz me acaricias con el timbre,
sobre mi frente, yerta y fatigada,
colocas de tus manos los pálidos jazmines,
me miras complacida
como la madre al hijo que con amor bendice,
y posas en mi rostro
tus labios carmesíes.
¡Ah! Viéndote tan cerca ¡cuán dulce que es la vida!
Qué alegres las ideas! Las horas ¡qué felices!
Los sueños son más puros, las fuerzas más pujantes
y el ánimo más firme.
Tú llevas á los buenos el consuelo,
tú al dolor y á la pena pones dique,
tú, arrojando el perdón sobre la tierra,
las injusticias haces que se olviden;
y al que callado sufre

los golpes pertinaces de la maldad ó el crimen,
le dás en recompensa
tu amor inmarcesible.
Déjame ¡oh Poesía!
que en tu regazo amante cansado me recline,
que beba tus suspiros
callados y sutiles,
que en tus brillantes ojos
mis turbios ojos fije,
y que me abrace á tu divino cuerpo
como el creyente abrázase á la efigie.
Así no ha de faltarme
la fuerza que me guíe,
¡y pisaré la senda de la vida
descuidado y felíz, seguro y libre!

***

¡Cuán amarga
de la vida
la bebida
que aletarga!
Ya la carga
me intimida.
No hay huida
¡y es tan larga!
Ya en las heces,
crece acaso
mi desvelo.
¡Cuántas veces
diera el vaso
contra el suelo

ASÍ CANTÓ EL PUEBLO

Lloré y reí con el pueblo;
lo declaro sin sonrojo.
¿Hay quien como el pueblo tenga
dichas y pesares hondos?
A mis oídos llegaron
los lamentos y sollozos,
que de un cantar en las notas
se iban esparciendo en torno;
de sus ardientes amores
oí el cántico sonoro,
que de sus labios salía
como incansable coloquio;
entre las auras del campo
escuché, en amable tono,
la sentenciosa advertencia
ó el atrevido piropo...
Suspiros que se disipan
en el robledal frondoso;
lágrimas que entre las flores
van cayendo poco á poco;

risas que alegres resuenan
en la ronda de los mozos;
ironías punzadoras
sin rencores y sin odios...
Tal oí, y ante el encanto
de esos rumores absorto,
queriendo imitar al pueblo
canté también de este modo:

Es el llanto de mis ojos
vengativo prisionero.
Quiere salir y no puede
y hace todo el daño dentro.

Nací en día de tormenta,
fuí con sol á bautizar.
Por eso llevo en el alma
tinieblas y claridad.

Miró un sabio las estrellas
y afirmó que estaban todas,
y al recordarte le dije:
—¡No puede ser! Falta otra.

Puse escuela de cariño
y dijo un sabio formal:
—Si eso no se aprende solo,
no hay quien lo pueda enseñar.

Me amas desde una mañana
que nos hallamos en misa.
¡Bendita sea la hora
en que te dí agua bendita!

Nadie en apariencias fíe.
Yo sé de una choza pobre
que es palacio de la dicha
y alcázar de los amores.

Soy minero que incansable
tu corazón profundizo,
sin poder encontrar nunca
el filón de tu cariño.

¿Qué has hecho, niña bonita,
de mi corazón amante,
que le he buscado en mi pecho
y no he podido encontrarle?

Tu amor parece á las hojas:
hoja de árbol en lo leve,
hoja de libro en lo ameno,
y hoja de espada en que hiere.

Á tus ojos insondables
me asomé sin precaución,
y en el abismo profundo
caí de tu corazón.

Te miran los angelitos
y á Dios le dicen á coro:
—Un compañero nos falta.
¡Que suba aquí con nosotros!

En la casa de la dicha
quise entrar, al verla abierta.
El portero me echó él alto
y luego cerró la puerta.

Mis placeres son humo,
mis dichas aire;
solamente mis penas
son realidades.

Hacia tí, niña, volaban
mis ilusiones ligeras,
mas se rompieron las alas
y se cayeron á tierra.

En tu cárcel de amores
soy prisionero.
¡Aunque me abras la puerta
salir no quiero!

Fortunita, fortunita,
qué mal prestas tus favores;
á muchos buenos olvidas
y á muchos malos escoges.

Tú no sabes lo que dices
al decir que no soy rico.
Te ofrezco un caudal de dicha
y un tesoro de cariño.

Llamaba el pobre á su madre,
y en el quicio de una puerta
le encontraron una tarde.

Hice á un hombre beneficios
y me pagaba con daños;
hice caricias á un perro
y me lamía la mano.

Eres salada y dulce.
¡Vaya un contraste!
Salada en tus acciones,
dulce en tus frases.

Quiso herirme mi enemigo
y tuvo la mano torpe.
¡Si usa el arma de la envidia
de fijo no yerra el golpe!

El libro de tus amores
voy repasando al azar.
Abro en un sitio... mudanza;
abro en otro... falsedad.

Salió un cantar de mi boca
y el pueblo le repitió.
Soy más felíz desde entonces
que un monarca ó gran señor.

Palomita, palomita,
no te poses en el barro,
que si manchas tu blancura
pierdes tu mayor encanto.

Cayó el infelíz al río.
Empezó á llorar su hermana;
su novia fué por un barco;
su madre se tiró al agua.

Hay en mi huerta un jilguero
que canta cuando yo lloro.
Por el día y por la noche
canta el ave sin reposo.

No te acerques á los grandes
ni á los que en alto se vean.
Cuando se cae una torre
aplasta al que está más cerca.

Dile al fuego que no queme,
dile al mar que no se mueva,
y dile al sol que no alumbre
y dime que no te quiera.

El mar tiene mucho fondo,
sus olas amargas son.
Más profundas son mis penas,
más amargo es mi dolor.

Si me ataca la envidia
yo no hago caso.
Hasta el sol tiene manchas
y está más alto.

Si algún día vas al cielo
intercede en mi favor,
que tú consigues ser santa
y á mí me haces pecador.

Los hombres que yo conozco
son todos de igual manera:
unos malos, y lo dicen,
otros malos, y lo niegan.

Por un beso en tus labios
cedí la gloria,
y cuando te dí el beso
¡me hallé con otra!

Así canté con el pueblo;
mas ví en sus labios la risa,
y quise ahuyentar las penas
riendo en su compañía.

¡Dejad, dejad al poeta
gozar también de la vida;
que aderece sus manjares
con la sal de la malicia!
¿Tal vez las blancas sandalias
que hollaron mansión divina,
no atraviesan los umbrales
del templo de la alegría?
¿Tal vez, quitando su mano
de la frente pensativa,
no recordó el padre Horacio
sus placeres con delicia?
Dejad, dejad al poeta
que con el pueblo prosiga;
dejadle que como el pueblo
ponga en sus labios la risa:

Entrar de ronda queremos
y cantarte una canción.
Como no entremos de ronda,
entraremos de rondón.

¿Te acuerdas de aquel día
de primavera?
¡Mira que si la fuente
fuese *parlera!*

Marchó á la guerra mi novio;
juré no darle al olvido.
Ya no tardará en volver,
según dice mi marido.

Porque se dió á un soldado
Juana se apura.
Yo creo que ya es mala
la *soldadura.*

Si no es por el guarda, un día
hay en la viña algo grave,
pues si el guarda no te guarda,
tú no pensabas guardarte.

¿Quién se ha muerto, morena,
que vas de luto?
Si fué el novio, me ofrezco
de sustituto.

Si deseas que me cure
de la enfermedad que tengo,
recétame cien abrazos
y aplícame tú el remedio.

¡Mira que te fisgan
cuando te desnudas!
¡Ojo con el ojo
de la cerradura!

Soy un hombre afortunado.
Me hice una vez zapatero
y andaban todos descalzos.

A la orilla del río
mi niña lava.
Llega el agua y la besa.
¡Quién fuera el agua!

Un pintor compuso un cuadro
representando la envidia.
Fué luego á ver la figura
y la encontró consumida.

Desde que soy tu novio
ya habrás notado
que el amor será ciego,
pero no manco.

Me enamoré de una viuda
y me dijo una soltera:
Nunca compres ropa usada
donde venden ropa nueva.

Me pusiste cierto día
el lazo de la corbata,
y aquel lazo ha sido el lazo
que desde entonces nos ata.

Y al extinguirse las notas
de los alegres cantares,
el poeta les dió vida
para que al pueblo bajasen.

¡Marchad, marchad á los campos
donde es sano y puro el aire,
donde la paz se difunde
y el sol se vierte á raudales!
Id por la senda callada
y no os detengáis con nadie,
hasta que una boca ruda
os reciba y os ampare.
Y si acaso no tuvieseis
esa ventura inefable...
¡llorad, llorad en presencia
de vuestro propio cadáver!

EN LA SOMBRA

Palidece del espíritu
la claridad bienhechora,
y un crepúsculo angustioso
su tibio fulgor arroja.
En lontananza se esfuman
los recuerdos y las cosas,
que el insaciable misterio
con negras fauces devora.
De los páramos del alma
la luz huye presurosa,
sumiéndola en los abismos
de la sombra.

En los lindes del olvido
se oscurecen y se borran,
prados de florido césped,
arboledas rumorosas,
cielos de azul transparencia,
mares de risueña costa,
ilusiones que murieron,
placeres que se desploman;

y en caótico desorden
que causa miedo y zozobra,
todo aparece cubierto
por la sombra.

En su base de granito
vaciló la ingente roca,
que soportar parecía
las conmociones más hondas.
Por la desigual ladera
descendió vertiginosa,
destruyendo en su caída
flores, plantas, huertos, chozas,
hasta que, al llegar al valle
donde las aguas reposan,
oculta quedó é inmovil
en la sombra.

En el campo de batalla
donde riñen lucha sorda
esperanzas que se pierden,
deseos que se malogran
é ideales que al impulso
mueren de mano traidora,
no se oyen gritos de guerra
ni canciones de victoria.
Sobre los muertos tan sólo
un crespón de niebla flota
que se junta y se confunde
con la sombra.

Ocultos en la penumbra
y en perspectiva remota,
realidades y quimeras
visten inauditas formas.
La imágen que se alzó un día
entre brillante aureola,
hoy, como terrible Anteo,
se yergue amenazadora;
su gigantesca figura
graves peligros evoca,
cual fantasma que avanzase
por la sombra.

¡El crepúsculo! Ya mueren
las imágenes hermosas
que á los dinteles del alma
en horas de luz se agolpan;
visiones de oro y topacio
que nacieron con la aurora
y en profusión de colores
bañaron la vida toda...
Como séres que á la nada
por sortilegio retornan,
poco á poco se disipan
en la sombra.

ALMAS HERMANAS

En campo secular, donde se abraza
gentil pareja—Historia y Poesía,—
vago rumor y sorda algarabía
resuena, entre lamento y amenaza.
Sobre el recio metal de la coraza
gotea el verso, en lenta sinfonía,
y en el rostro inmortal de la armonía
su beso va dejando cada raza.
Eco sublime que en los siglos late,
recoge en el festín y en el combate
la voz que canta, el grito que apostrofa,
y, ufano, al descansar de una proeza,
el pasado reclina su cabeza
en el dulce regazo de la estrofa.

Salta en la lira del aeda tracio
disperso enjambre de vibrantes notas,
como en la fértil margen del Eurotas
pueblan sones guerreros el espacio.

En los robustos árboles del Lacio
un pueblo emprendedor labra sus flotas,
que llevan á las playas más remotas
las estrofas magníficas de Horacio.
Después, sobre un imperio que vacila,
los vigorosos bárbaros de Atila
esgrimen vengadores su arma burda;
y bajo el cielo azul de la épopeya,
su rastro van dejando Odín y Freya
junto á las aguas de la fuente de Urda.

Un monje, sobre el códice amarillo
deja caer su frente fatigada;
con arresto marcial ciñe su espada,
sediento de aventuras, un caudillo.
Un trovero á las puertas del castillo
canta al son de su cítara acordada;
en el esbelto trazo de una arcada
descarga un alarife su martillo.
Tiende un césar su mano sobre Europa,
y entre el sordo clamor de airada tropa
coloca sobre sangre su diadema;
y cuando el rumor bélico se apaga,
una mano viril, con una daga,
graba en mármol los versos de un poema.

Genio de lo que fué: por tu camino
una sombra impalpable se desliza.
Igual vaga en el campo de la liza
que en las ruinas de un templo bizantino.

Misteriosa deidad, numen divino
que vibra y canta, evoca y profetiza;
que del tiempo remueve la ceniza
y las nieblas deshace del destino.
Es el hombre poeta, que en acecho,
recoge los latidos de tu pecho
cuando á la eterna gloria te sublimas;
el sudor va enjugando de tu frente,
y cubre tu sepulcro, reverente,
con el cendal sagrado de sus rimas.

CARTA-EPÍLOGO

Barcelona, 27—2—1911.

SR. D. NARCISO ALONSO CORTÉS

Querido poeta: Me escribe V. á Madrid, y yo estoy enfermo en Barcelona, pero, sin embargo, llega á mí el gran brazado de cuartillas de su libro de versos, que usted me manda para mi solaz íntimo. No ha venido mal ese reactivo para mi salud, pues gracias á ser la poesía el tónico de más potencia de cuantos existen, ya me he reaccionado y siento en mi alma todo el confortable alivio de tan intensa medicina. Y como cuando se recibe una fuerte y bella emoción, hay que devolverla necesariamente, desde esta reclusión de mi cuarto de enfermo, devuelvo á V. el puro goce que recibí del manantial de belleza de su obra. Como le dije en varias ocasiones, le tengo á V. por uno de los mejores poetas que hoy honran á España. No sólo admiro en V. el don de la poesía, sino también su amplio y hondo sentimiento del lenguaje, sin

el cual no hay poeta completo. De nada sirve, como usted sabe, que se tenga gran cerebro, caudal de ideas y fuente de inspiración, si no se tiene, como otro don no menos supremo, el de elevar á perfección hablada todo ese bagaje ideal. Usted, sea por intuición, sea por su trato asíduo con las lenguas muertas... y vivas, posee la ciencia divina de la frase, el secreto mágico del idioma, y cuando usted escribe versos, los instituye, *por decirlo así, y les da un valor fundamental y estable. De su conocimiento científico de las lenguas, nace el trazo escultórico en que usted encierra hasta la veleidad y la volubilidad de sus emociones más sutiles. Y si eso hace V. con lo más quebradizo é ingrávido, ¡qué no hará con aquellas imágenes y pensamientos que, en sí, tienen reciedumbre escultórica! Poesía de usted hay entre las que componen el mazo de versos con que me regala su musa, que parece obra de cincel antes que labor música de la palabra. Además, en todo cuanto V. escribe, hay cierta expresión de* decencia, *cierto* son de hombre, *que da tono general á su obra; y esto hace que á V. se le quiera, no sólo como á poeta de toda verdad, sino también como á un poeta que á la vez es un alma caballerosa y luminosa. Claro es que un hombre absolutamente desdibujado moralmente, puede ser un gran poeta, pero el que además de ser excelso artista, sea hombre excelso, tiene un mérito doble. Cicerón, siendo más elocuente aún que con su palabra, con el ejemplo de su vida, es un caso divino. Usted puede gloriarse de ser un poeta y un caballero. Otra fase que me llena el gusto en su libro, es el sello de modernidad que tiene, no al estilo de las imitaciones francesas, sino á la española, á pesar de tratar V. con tanta frecuencia temas clásicos. Las rimas también las tiene V. bien domesticadas y se le*

vienen encima y le cubren los hombros y las manos, como palomas... Gracias por su recuerdo y gracias también por su cariño de siempre, especie de fuego sagrado que no se apaga. Reciba un abrazo de su devoto amigo y admirador, q. b. s. m.,

Salvador Rueda.

Obras literarias de Narciso Alonso Cortés

La Mártir. *Leyenda.*—Valladolid, 1895.

Fútiles. *Poesías.*—Valladolid, 1897.

Rengloncitos. *Poesías.*—Valladolid, 1899.

Un pleito de Lope de Rueda. *Nuevas noticias biográficas.*—Valladolid, 1903.

Noticias de una corte literaria.—Valladolid, 1906.

Romances populares de Castilla. *(Recogidos por Narciso Alonso Cortés).*—Valladolid, 1906.

Briznas. *Poesías.*—Valladolid, 1907.

Romances sobre la partida de la corte de Valladolid en 1606. *(Reimpresión con notas aclaratorias).* Valladolid, 1908.

La corte de Felipe III en Valladolid.—Valladolid, 1908.

Juan Martínez Villergas. *Bosquejo biográfico-crítico.* Valladolid, 1910.

EN PRENSA

Vida y obras de Cristóbal Suárez de Figueroa, *por J. P. Wickersham Crawford. Traducción del inglés por Narciso Alonso Cortés.*

Author Alonso Cortés, Narciso 262819 LS
A 454m
Title Le miés de hogaño.

DATE.	NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU